

REGIONALISMO POST-LIBERAL: CRISIS HEGEMÓNICA, NUEVOS DERROTEROS DEL REGIONALISMO LATINOAMERICANO Y LA ALIANZA BOLIVARIANA

POST-LIBERAL REGIONALISM: HEGEMONIC CRISIS, NEW PATHS OF LATIN-AMERICAN REGIONALISM AND THE BOLIVARIAN ALLIANCE

Carlos Ortiz Gómez*

Artículo recibido: 01-09-2017

Aprobado: 25-09-2017

Resumen

Resultado de un detallado proceso de revisión crítica del enfoque neoliberal de integración, en los primeros años del siglo XXI, los mecanismos de integración latinoamericana y caribeña se reformularán drásticamente dando lugar a una nueva etapa dentro del proceso de integración regional, conocida como *regionalismo post-liberal*. En este marco, se irá gestando en la región una serie de mecanismos multilaterales cuyos énfasis estarán puestos en el ámbito social, en el tratamiento diferenciado, justo y autónomo, y en la exclusión de los Estados Unidos de estos espacios. La Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos o ALBA-TCP es la propuesta más radical surgida de este marco, de tal manera que el análisis de dicha alianza, así como la puntualización del contexto que permitió la emergencia de estas nuevas dinámicas de integración serán el propósito central de este artículo.

Abstract

As a result of a detailed process of critical revision of the neoliberal approach to integration, in the first years of the 21st century, Latin American and Caribbean integration mechanisms will be drastically reformulated, giving rise to a new stage in the regional integration process known as post-liberal regionalism. Within this framework, a series of multilateral mechanisms will emerge in the region, whose emphasis will be on the social sphere, in the differential treatment, just and autonomous, and on the exclusion of the United States from these spaces. The ALBA-TCP is the most radical proposal

*Licenciado en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM
crs.ortiz.gmz@gmail.com

that emerged from this framework, so that the analysis of this alliance, as well as the punctuation of the context that allowed the emergence of these new integration dynamics will be the central purpose of this article.

Palabras clave: Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP), integración latinoamericana, regionalismo post-liberal, mecanismos de integración, anti-sistema.

Keywords: ALBA-TCP, Latin American integration, post-liberal regionalism, integration mechanisms, anti-system.

I. Introducción. Surgimiento de una nueva etapa de regionalismo latinoamericano

La última década se ha caracterizado por el resurgimiento de los procesos de integración. A partir de un proceso de detallada revisión crítica del enfoque neoliberal de integración, aunado a una serie de eventos y procesos de carácter endógenos y exógenos, durante los primeros diez años del siglo XXI se generará una reconfiguración política dentro de la región, dando lugar a nuevas dinámicas multilaterales y a una nueva etapa del regionalismo latinoamericano, de su lógica y de sus prácticas.

En efecto, el impacto de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, la invasión de Estados Unidos a Iraq sin la aprobación de la ONU, la crisis alimentaria y energética de 2008, y la crisis global financiera que aún se extiende hasta nuestros días generarán, como resultado, un entorno global que demandará de América Latina una elevada capacidad de respuesta frente a estos nuevos desafíos.

Por su parte, el surgimiento de nuevos liderazgos políticos, la influencia de los movimientos sociales y partidos de izquierda (o de centro-izquierda), junto con el agotamiento del antiguo paradigma económico —estructurado en la liberalización de los mercados y el comercio—, y con el fortalecimiento del interés y de los espacios de soberanía nacional (consecuencia de un destacado crecimiento económico de las economías latinoamericana durante esta coyuntura); constituirán algunos de los elementos endógenos más significativos que se desarrollarán a principios del siglo XXI (Serbin, Martínez y Ramazzini, 2012, p. 10). Y es que, tras más de una década de aplicación y desarrollo del enfoque de integración neoliberal se generó, como resultado, un contexto generalizado de erosión económica-política de las soberanías latinoamericanas, así como una enfática reducción de las capacidades de respuesta de los gobiernos frente a las problemáticas de carácter doméstico y social.

A finales de la década de los noventa ya se harán más que evidentes las consecuencias de las políticas económicas relacionadas con la dinámica de integración del *regionalismo abierto*. El eje

Se generará una reconfiguración política dentro de la región, dando lugar a nuevas dinámicas multilaterales y a una nueva etapa del regionalismo latinoamericano, de su lógica y de sus prácticas

del regionalismo abierto descansaba en el mercado. No propugnó por el desarrollo de propuestas de integración en las áreas social, política o ambiental. Temas como la migración se hicieron a un lado; nunca se exploró el diseño de políticas productivas comunes a nivel regional; tampoco se exploró la posibilidad de generar una coordinación productiva entre los países. Esto, por el simple hecho de que se presupuestaba que el mercado y el comercio, de manera “natural”, generarían la mejor distribución y asignación de recursos, “esta perspectiva estaba marcada por el reduccionismo economicista, y por lo tanto otros aspectos, en especial los políticos, no eran tratados adecuadamente” (Gudynas, 2005, p. 2). Finalmente, más allá del crecimiento económico y los resultados macroeconómicos, se profundizaron secuelas negativas en el plano social que coadyuvaban en la complejización de antiguas problemáticas como la desigualdad social, la pobreza y la exclusión; siendo los beneficiarios reducidos grupos empresariales y empresas transnacionales. Todo lo cual comenzó a dar paso a un nuevo momento en el proceso de integración regional (Martínez, 2013, p. 49).

De esta manera, desde distintos sectores de la sociedad y en el plano internacional, comenzaron a surgir voces que reclamaban la necesidad de asociar reformas con políticas de desarrollo inclusivas que apuntaran a remediar la desigual distribución de la riqueza en la región y aumentar el papel de la sociedad civil en las decisiones económicas y políticas nacionales. Como consecuencia, el *regionalismo abierto* comenzó a dejar de ser el paradigma hegemónico dentro de las tendencias de integración y cooperación entre los países de la región y ha sido crecientemente sustituido por un nuevo enfoque.

En este marco, en el transcurso de la primera década del siglo XXI, se irán gestando en la región una serie de mecanismos multilaterales de explícita innovación: desde la creación y desarrollo gradual de una iniciativa de innovadora complementación y cooperación económica —iniciado como reacción y alternativa a la conformación de un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA)— materializada, finalmente, en la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA), en 2004; pasando por la confirmación de una progresiva iniciativa de Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), en 2008; hasta la constitución de un ambicioso esquema de articulación política y económica denominado Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), concretado en 2011.

En esta nueva etapa del regionalismo latinoamericano se pretende crear, en el marco de las relaciones internacionales, una lógica de integración con nuevos objetivos y con un nuevo enfoque de prioridades para América Latina. Ésta, no sólo ha surgido como respuesta a la crisis de los tradicionales mecanismos de integración, sino también de la urgente necesidad de atender a temas bastante críticos que van más allá de la agenda comercial, de la necesidad de posicionarse en un contexto internacional de crisis económica y política en los países del centro; también como resultado de una búsqueda, por parte de los gobiernos regionales, de nuevos espacios de maniobra

El regionalismo abierto comenzó a dejar de ser el paradigma hegemónico dentro de las tendencias de integración y cooperación entre los países de la región y ha sido crecientemente sustituido por un nuevo enfoque

política, económica y social ante el deterioro generalizado; y como resultado del énfasis puesto en el fortalecimiento de la autonomía nacional y regional.

Los aspectos que caracterizarán esta nueva etapa del regionalismo latinoamericano *post-liberal* serán: la re-emergencia de un nacionalismo económico en función de generar capacidades económicas y políticas endógenas, la inclusión de una agenda de desarrollo y social más amplia, la aplicación de políticas económicas más heterogéneas en un contexto post-Consenso de Washington; un mayor enfoque en las estrategias de reducción de la pobreza y la desigualdad, la renovación de la cooperación Sur-Sur como eje de relanzamiento y la exclusión de los Estados Unidos dentro de los nuevos mecanismos de integración (Martínez, 2013, p. 50).

Por otra parte, las cuestiones centrales dentro de los esfuerzos actuales de integración entre los países latinoamericanos se han plasmado en los temas sostenidos en la agenda regional actual, entre los que destacan: la ampliación de la infraestructura regional, la seguridad energética, la eliminación de las asimetrías estructurales, la ampliación de la seguridad, el narcotráfico, la inmigración, el cambio climático; y la ampliación de la dimensión social del proceso de integración. También, se propugnará por una redefinición del Estado y de su interacción dentro de los espacios público y privado en el marco de la integración.

En síntesis, tal como lo expone Serbin (2010), el cambio de paradigma en la primera década del siglo XXI se ha concentrado en tres factores esenciales: el fortalecimiento del Estado, la dimensión de concentración política y cooperación en los espacios regionales, y una agenda social más proactiva. La puntualización del cuadro político-económico que cimentó el desarrollo del llamado *regionalismo post-liberal*, así como el análisis de mecanismos de integración instaurados en este marco, su funcionamiento y objetivos, será la materia central de este artículo.

Se ha concentrado en tres factores esenciales: el fortalecimiento del Estado, la dimensión de concentración política y cooperación en los espacios regionales, y una agenda social más proactiva

2. Cimientos del regionalismo post-liberal

2.1 Giro a la izquierda

En el marco de un amplio descontento y rechazo social a los programas de ajuste estructural de corte neoliberal, se dio paso al arribo de una serie de gobiernos de carácter progresista al poder en varios países de América Latina en la primera década del siglo XXI. A nivel interno, estos gobiernos explicitaron —con marcado énfasis— su rechazo a la interferencia del Fondo Monetario Internacional (FMI) en el diseño de políticas económicas y su implantación; también se abocaron a la implementación de programas asistencialistas que permitieran atenuar de manera inmediata los serios problemas que en materia de desigualdad y pobreza presentaban sus países respectivos.

A nivel externo, adoptaron una agenda donde la integración regional se revigorizó y ocupó un lugar preponderante dentro de la misma.

A finales de la década de 1980 y principios de la siguiente, América Latina había abrazado, de manera generalizada, las normativas impulsadas por el Consenso de Washington, consistente en una serie de recetas político-económicas que incluyen: disciplina presupuestaria; cambios en las prioridades del gasto público (de áreas menos productivas a sanidad, educación e infraestructuras); reforma fiscal encaminada a buscar bases amplias y tipos marginales moderados; liberalización financiera, especialmente de los tipos de interés; búsqueda y mantenimiento de tipos de cambio competitivos; liberalización comercial; apertura a la entrada de inversiones extranjeras directas; privatizaciones; desregulaciones; garantía de los derechos de propiedad (Williamson, 1999). En primera instancia, el despliegue de este nuevo ordenamiento económico contribuyó fuertemente en la corrección de los desajustes económicos más evidentes de la región, propios de la crisis económica de los ochenta (sobre todo de carácter macroeconómico —hiperinflación y fluidez de divisas—), de tal manera que, desde la retórica hegemónica, se laureaban dichas políticas de ajuste. Aunado a lo anterior, en este contexto la situación política de la región se estabilizó y, en su mayoría, gobiernos elegidos democráticamente lograron institucionalizarse.

El desenvolvimiento de este proceso democratizador que experimentó la región en esta época tuvo, a decir de García-Sayán (2009, pág. 16) fue: “un lógico efecto en las expectativas de la población, alentando lo que podríamos llamar ‘mayor demanda democrática’, en el contexto de un mayor y mejor acceso a los propios derechos, a la información y al debate público”. Dicha expectativa en términos reales, sin embargo, no estuvo acompañada de una mejora institucional sustancial que lograra procesar y dar respuesta a las complejas contradicciones presentes en las sociedades latinoamericanas.

En efecto, al mismo tiempo que —desde los inicios de la década de 1990— los indicadores macroeconómicos registraban una estabilización de las economías latinoamericanas, junto con aceptables tasas de crecimiento, los avances generados en la lucha contra la pobreza y la inequidad fueron nimios. Según datos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL, 2008), para 1990 se tenían contabilizados 200 millones de pobres y 93 millones de indigentes en la región; para 1999 el número de pobres se contaba en 211 millones, mientras que los indigentes eran 89 millones. Así, como se puede apreciar, en el marco del reajuste neoliberal, problemas tan álgidos como la pobreza y la desigualdad no sólo no se redujeron, sino que aumentaron. Sobre estas bases, las graves consecuencias del modelo de desarrollo neoliberal se harán cada vez más evidentes.

Para 1990 se tenían contabilizados 200 millones de pobres y 93 millones de indigentes en la región; para 1999 el número de pobres se contaba en 211 millones, mientras que los indigentes eran 89 millones

Tras casi dos décadas en el desenvolvimiento de las políticas de ajuste estructural y de la implementación del neoliberalismo en la región, se comenzaba a advertir el surgimiento de una nueva izquierda latinoamericana de talante distinto a la otrora izquierda de las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX, la cual, entre otras cosas, “mostraba autonomía respecto de los partidos, aprovechaban los espacios parlamentarios y al mismo tiempo eran una mezcla discursiva tanto de marxismo clásico como de diferentes influencias étnicas, feministas y ecológicas” (Aceves, 2016, p. 9). James Petras, en su texto de 1997 “América Latina. La izquierda contrataca”, advertirá que en Latinoamérica “venía creciendo un movimiento de oposición que con el tiempo podría llegar a poner en jaque el predominio de toda la estructura de poder del libre mercado” (citado en Aceves, 2016). Pocos años después los acontecimientos pondrían en su lugar las perspicaces advertencias de Petras.

El 2 de febrero de 1999 Hugo Chávez Frías, de la mano del Movimiento Quinta República, llegó a la presidencia y asumió el poder en Venezuela. Tras este triunfo acaecieron una serie de victorias electorales más que se sumaron a un proceso de realce dentro de los nuevos movimientos de izquierda: el 27 de octubre de 2002 un antiguo obrero metalúrgico, fundador del mayor partido de izquierda de América Latina (Partido de los Trabajadores), Luis Ignacio Lula da Silva llega a ser presidente electo de Brasil; el 25 de mayo de 2003 Néstor Kirchner asumirá la presidencia de Argentina, abriéndose así un nuevo capítulo en la historia de esa nación; el 30 de octubre de 2004 Tabaré Vázquez Rosas, candidato del Frente Amplio (coalición de izquierdas), ganará las elecciones presidenciales de Uruguay con más del 50% de los votos terminando, por tanto, con la hegemonía bipartidista del Partido Nacional y el Partido Colorado; el 18 de diciembre de 2005 el dirigente indígena de los campesinos Evo Morales —de la mano del Movimiento al Socialismo (MAS)— ganará, con mayoría absoluta, las elecciones presidenciales de Bolivia; un mes después, el 15 de enero de 2006, Michelle Bachelet, con la coalición progresista “Concertación”, se convertiría en la primera mujer en encabezar el gobierno de Chile; para el 5 de noviembre de 2006, Daniel Ortega, uno de los líderes más importantes del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) resultará electo como presidente de Nicaragua; posteriormente, el 26 de noviembre de ese mismo año Rafael Correa Delgado ganará las elecciones de Ecuador, en una segunda vuelta. Como bien señala Aceves (2016, pág. 10): “estos triunfos electorales fueron interpretados como parte de una tendencia crítica al neoliberalismo y al conservadurismo y llevaron a plantear la idea de que estábamos asistiendo al *giro hacia la izquierda*”.

Según lo señalan Chávez, Rodríguez y Barrett (2008), para poder comprender cabalmente el denominado *giro a la izquierda* y el surgimiento de una nueva izquierda en América Latina, hay que tomar en cuenta cuatro factores primordiales.

El primer factor tiene que ver con los evidentes estragos y efectos negativos del neoliberalismo sobre el crecimiento, la desigualdad y la pobreza, los cuales fueron marcadamente evidentes en todos los países de la región que, tras haber sido duramente afectados por la crisis de 1982, habían adoptado políticas indirectamente antisociales como parte de los programas de ajuste promovidos desde las agencias financieras internacionales.

El segundo factor tiene que ver con el surgimiento de nuevos actores políticos que vinieron a compensar el proceso de declive de los sindicatos —otrora predilecta forma organizativa, predominante en el siglo XX—, a saber: movimientos de diverso cuño como el indígena, de las organizaciones campesinas, de los movimientos de desempleados, de las movilizaciones de

Permitió compartir elementos comunes dentro de sus correspondientes proyectos políticos, en respuesta a las tensiones sociales agudizadas por el modelo económico neoliberal

los trabajadores rurales sin tierra, de las organizaciones de negritudes, de las organizaciones feministas y de otras muchas organizaciones más.

En tercer lugar, se encuentra el descrédito y la crisis de los partidos tradicionales que crearon oportunidades políticas que la nueva izquierda supo explotar. Tras la transición democrática de la década de 1980, de manera general en la región se hizo evidente la incapacidad e insuficiencia —aunado a la falta de voluntad política—, de buena parte de los partidos tradicionales y sus proyectos políticos; en tal punto, los canales institucionales vigentes desarrollados para asimilar efectivamente las demandas sociales y poder transformar la voluntad popular en políticas de gobierno evidenciaron su caducidad e ineficacia, coadyuvando en una pérdida de legitimidad y aprobación de las mismas.

Por último, la nueva izquierda latinoamericana encontró en el proceso de revitalización de la izquierda internacional un sólido asidero en el cual tomar impulso. A partir de las protestas de Seattle en 1999, del surgimiento del movimiento global contra el neoliberalismo y la guerra —de cuyas protestas, movimientos y organizaciones se generaron programas y propuestas de orden económico y político—, la nueva izquierda encontrará en este “clima de época” y en sus expresiones un espacio de mayor resonancia ante la proclama de sus principios y propósitos.

La existencia conjunta de este grupo de gobiernos les permitió compartir elementos comunes dentro de sus correspondientes proyectos políticos, en respuesta a las tensiones sociales agudizadas por el modelo económico neoliberal: incremento del gasto social e implementación de políticas de transferencias focalizadas de ingresos a la población; rechazo a la injerencia del FMI y el Banco Mundial en el diseño de políticas económicas y sociales; mayor dependencia fiscal de los recursos generados por la extracción de recursos naturales. (Munevar, 2013, p. 11).

En este escenario, con la presencia de gobiernos progresistas, de manera generalizada los indicadores sociales en el conjunto de América Latina comenzaron a mostrar avances satisfactorios. Para muestra un simple ejemplo, a partir de 2002 podemos constatar una disminución de los márgenes de pobreza y de indigencia en la región: dentro del periodo 2002-2014 se observa una reducción de los porcentajes de la población que vive debajo de la línea de la pobreza, los cuales pasaron de 43.9% a un 28%; mientras que los porcentajes de las personas que viven en situación de indigencia pasaron de un 19.5% a un 12%. Hablando en términos absolutos, en dicho periodo, la reducción de la pobreza pasó de 225 millones a 167 millones de personas en dicha condición y de 99 millones a 71 millones en situación de indigencia (CEPAL, 2014).

En dicho periodo, la reducción de la pobreza pasó de 225 millones a 167 millones de personas en dicha condición y de 99 millones a 71 millones en situación de indigencia (CEPAL, 2014)

De igual manera, a partir de la década del 2000 en la mayoría de los países de la región se registró un proceso de reducción de la desigualdad. Entre el año 2002 y el año 2013 el índice Gini promedio descendió aproximadamente en un 10%, es decir, pasó de 0,542 a 0,486. Entre los países que más

destacan como parte de esta tendencia están: Bolivia, cuyo índice Gini pasó de 0,620 a 0,475 entre el año 2002 al 2013; Argentina, país donde este índice pasó de 0,590 a 0,480 en el mismo periodo; y Venezuela donde el índice Gini, para el mismo periodo, pasó de 0,500 a 0,400 (Jiménez, 2015, p. 14).

Sobre estas bases, los bríos integracionistas volverán a tomar fuerza. La integración volverá a ser vista como una herramienta en pos de la expansión del alcance y la eficiencia de las políticas que estaban encaminadas al mejoramiento de las condiciones de vida de la mayoría de la población que, desde el plano doméstico, se venían implementando entre los denominados gobiernos progresistas.

Sin embargo, la instauración y paulatina consolidación de una serie de gobiernos de cuño progresista —capaces de corregir los niveles de desigualdad y pobreza, y de apelar al incremento de soberanía política de sus países—, y la consecuente revitalización de la integración regional, sobre las bases de la implementación de políticas nacionales de corte social, no tuvieron lugar en un vacío. A lo largo de estos años la región experimentó lo que comúnmente se conoce como *periodo de bonanza económica*.

A partir del año 2003 se hará evidente un cambio dramático dentro de la dinámica económica regional. En efecto, un claro ejemplo será el que para el periodo 2003-2007 (tomando como referencia las estadísticas y promedios de los países de Argentina, Brasil, Venezuela, Colombia y Ecuador) se alcanzó un promedio de crecimiento del PIB a una tasa del 6.2% anual; siendo Argentina y Venezuela los dos países cuyas tasas de crecimiento presentaron los incrementos más desatacadados: 8.8% y 7.9%, respectivamente (Munevar, 2013, p. 14). Sin embargo, debe advertirse que la lógica de comportamiento económico de estos dos países, comparten dos elementos comunes: por un lado, ambas economías venían saliendo de un pobre desempeño económico a finales de los años noventa —y en el caso específico de Venezuela, del paro petrolero de 2002-2003—; por el otro, en ambas economías sus niveles de inversión y consumo partían de niveles sumamente deprimidos. Por ejemplo, entre 2001-2002 la inversión en Argentina promedió una contracción anual del 26%, mientras que, en Venezuela, entre 2002 y 2003, la contracción promedio fue del 27.6% (Munevar, 2013, p. 15). Estos elementos nos ayudan a comprender de mejor manera las altas tasas de crecimiento presentes en este periodo; las cuales, en buena medida, son resultado de un proceso de recuperación económica.

En dicho contexto, el arribo de China y su renovada relación con América Latina ha sido trascendental para el desarrollo y aumento de dinamismo de las economías latinoamericanas durante la primera década del nuevo milenio.

2.2 El arribo de China y sus nuevas relaciones con América Latina

El posicionamiento de China como principal centro manufacturero del mundo ha implicado, en consecuencia, un significativo incremento de las necesidades de materias primas por parte de este país. En este sentido, las importaciones de materias primas de China pasaron de 83 mil millones de dólares en 2003, a 661 millones de dólares para el año 2012, significando un aumento del 697% en dicho periodo. En el caso particular de las importaciones de metales y alimentos, en el transcurso de los últimos 20 años, pasó de representar menos del 3% de las importaciones globales de dicho país, a más de 30% en el rubro de metales y cerca del 13% en el rubro de alimentos (Munevar, 2013, p. 15).

El vertiginoso ritmo de crecimiento de la industria en China y su nuevo rol dentro de la producción mundial generó una creciente necesidad de abastecimiento de energía y de insumos —especialmente provenientes de actividades agrario-exportadoras— para poder sostener sus elevados niveles de crecimiento. Y es que, como resultado del proceso de transformación productiva y de la elevación de los niveles de producción de la industria en China, su población asalariada urbana se incrementó: pasando de representar el 18.57% de la población para el año de 1978, a representar el 50% de la población en 2011 (Ayllón y Emmerich, 2015, p. 3). Por otro lado, entre 2001 y 2010, la proporción china de importaciones a nivel mundial creció de 10 a 38% en cobre, de 14 a 65% en mineral de hierro y de 26 a 56% en soya (Domínguez y Celorio, 2015, p. 402); lo cual, en consecuencia, generó que los asuntos de abastecimiento energético y alimentario adquirieran una importancia de primer orden y pasaran a ser considerados como asuntos de Estado, pues “China, con tan sólo 7% de las tierras cultivables y 6% de los recursos hídricos del mundo, debe alimentar al 22% de la población mundial” (CEPAL, 2015, p. 49).

Si bien para el año 2000 China no ocupaba un lugar preponderante como destino de las exportaciones u origen de las importaciones realizadas por las economías latinoamericanas, para el año 2012 China pasa a ser el tercer principal lugar de las exportaciones. En cuanto a la relevancia adquirida como país de destino de las exportaciones, se verificará que la intensificación de los flujos será más relevante entre los países del Cono Sur, especialmente entre países como Brasil, Chile, Perú, Uruguay, Venezuela, Colombia y Argentina. Si bien para el año 2012 China se ubicaba en el tercer sitio de destino de las exportaciones argentinas, en los años 2010 y 2011 este país asiático había sido el segundo destino de los productos exportados por este país sudamericano. Para el caso de Brasil la posición de China como destino de las exportaciones pasará de ser la número 12 en el año 2000 a la número 1 en el 2012; mientras que la posición de China como origen de las importaciones brasileñas pasará del número 11 en el año 2000 al número 1 en el 2012. Para el caso de Venezuela la posición de China como destino de las exportaciones pasará de ser el número 35 en el año 2000 al número 2 en el 2012; mientras que la de China como origen de las importaciones venezolanas pasará del número 18 en el año 2000 al número 2 en el 2012. (Slipak, 2014, p. 107). No obstante, para la región en su conjunto, China pasará a ser el segundo principal origen de las importaciones de la región. Entre 2000 y 2012, su participación en las exportaciones regionales pasará del 1% al 9%, mientras su participación en las importaciones pasó de poco más del 2% al 16% (CEPAL, 2015, p. 37).

2.3 El deterioro de la hegemonía estadounidense y el fin de la era unipolar

Por otro lado, el proceso de deterioro de la hegemonía estadounidense sobre la región será otro elemento angular para el surgimiento del *regionalismo post-liberal*. En el siglo XXI las relaciones entre Estados Unidos y América Latina han mostrado bastantes diferencias, tanto en la retórica como en el contenido, no obstante, no podemos soslayar la permanencia de ciertas continuidades dentro de la dialéctica de relaciones entre las dos Américas. El final de la llamada “era unipolar” y el

En el siglo XXI las relaciones entre Estados Unidos y América Latina han mostrado bastantes diferencias, tanto en la retórica como en el contenido

desvanecimiento de esta antigua presunción hegemónica de los Estados Unidos de Norteamérica, tuvo en la Guerra contra Irak su punto de quiebre y en la bonanza económica latinoamericana un catalizador. La conducta asumida por el país líder y hegemónico del sistema mundial será la misma que la conducirá —aunado a otros factores— a su declive y debilitamiento. El ensayista Charles Krauthammer en los años 90 describió el sistema internacional posterior a la Guerra Fría como “unipolar”: “The immediate post-Cold War world is not multipolar. It is unipolar. The center of world power is the unchallenged superpower, the United States, attended by its Western allies” (Krauthammer, 1990, p. 23).

En síntesis, estos hechos, en su conjunto, coadyuvaron a una disminución de la hegemonía estadounidense en la región e impulsaron la reconfiguración de la misma. En consecuencia, este mayor grado de dispersión del poder global, aunado a un periodo de bonanza económica regional, ha otorgado una mayor independencia política y económica a los países latinoamericanos, lo cual ha sido un factor sumamente clave que —tras muchas décadas de férrea dependencia— le ha permitido a la región gestar e impulsar proyectos de desarrollo político, económico y social de características preminentemente latinoamericanas y con vistas a ampliar —mucho más— este incipiente contexto de autodeterminación.

3. Mecanismos de integración creados en el marco del regionalismo post-liberal

El ascenso de gobiernos de corte progresista en varios países de América Latina, la presencia de un contexto económico favorable en la región, aunado al descenso de la hegemonía estadounidense hacia Latinoamérica —y el consecuente surgimiento de un orden “multipolar” y de un equilibrio en el poder—, permitieron que los mecanismos de integración regional volvieran a tomar relevancia y auge. Para la nueva ola de gobernantes de la región, las instituciones internacionales, una vez más, se volvieron claves en el diseño de su política exterior ya que se asumirá que, mediante estos instrumentos, Latinoamérica podrá compensar su histórico y reducido peso económico y militar, además de poder hacer frente a las contradicciones inherentes al sistema mundial actual.

Sobre las bases de un progresivo proceso de reconfiguración política en América Latina —desarrollado a lo largo de las dos últimas décadas—, los Estados latinoamericanos rediseñaron la arquitectura regional de sus organizaciones internacionales. El resultado de este proceso será la puesta en marcha de tres iniciativas multilaterales, todas y cada una de ellas excluyendo explícitamente a los Estados Unidos: la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), lanzada oficialmente en 2008, se remontaba a 2004 cuando vio la luz la Comunidad de Naciones Suramericanas. También en 2004, Fidel Castro y Hugo Chávez dieron a conocer la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, (CELAC) iniciando operaciones en diciembre de 2011.

Estas iniciativas, pese a todas sus imperfecciones y retrasos, lograron reconfigurar prioridades; es decir, consiguieron establecer nuevas prioridades y el abandono de otras, a saber:

El resultado de este proceso será la puesta en marcha de tres iniciativas multilaterales, todas y cada una de ellas excluyendo explícitamente a los Estados Unidos

el progresivo y difícil desplazamiento del énfasis mercantilista que había predominado en todos los esquemas anteriores; la mayor atención hacia las asimetrías estructurales —económicas y sociales— que existen entre los participantes; la incorporación de objetivos vinculados al desarrollo social; la inclusión de temas ambientales; los intereses por construir una identidad comunitaria; los énfasis en la democracia como contexto y como práctica interna del funcionamiento de los esquemas; la apertura hacia la participación de la sociedad civil en la detención de los rumbos y contenidos de la integración; y el avance hacia proyectos de cooperación de apoyo a la integración en áreas clave, como son la cooperación monetaria y financiera, seguridad alimentaria y cooperación energética, entre otras (Silva y Martins, 2013, p.10).

3.1 Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP)

Respuesta novedosa del Gran Caribe ante la crisis sistémica, la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos “representa un modelo de integración anticapitalista y anti-imperialista” (Briceño, 2013, p. 17), que defiende y promueve políticas públicas que coadyuven en el afianzamiento de la soberanía de los pueblos de Latinoamérica, al mismo tiempo que pugna por la instauración de un nuevo modelo económico de carácter anti-neoliberal.

La Alianza ALBA-TCP —cuyos actuales miembros son Venezuela, Cuba, Nicaragua, Dominicana, Ecuador, Bolivia, San Vicente y Las Granadinas, Antigua y Barbuda, Santa Lucía, San Cristóbal y Nieves, y Granada— enfatiza abiertamente en la dimensión social, de manera particular en la lucha contra la pobreza y la exclusión social. Entre sus elementos más novedosos destacan la puesta en marcha de mecanismos que permitan compensar las asimetrías existentes en función del desarrollo de economías y del bienestar social de los países miembros y de la región en su conjunto. Como una propuesta de integración alternativa, el ALBA busca contrarrestar las políticas económicas impulsadas por los Estados Unidos y diversos mecanismos internacionales como el Banco Mundial (BM) o el Fondo Monetario Internacional (FMI). En síntesis, como bien afirma Borbón (2009): “El ALBA surgió, así, como la antítesis del denominado «Consenso de Washington»” (p. 128).

La ALBA-TCP ha formulado políticas públicas regionales con el objetivo específico de articular un trabajo conjunto focalizado en el mejoramiento y la restitución de la dignidad de los sectores históricamente más pauperizados. Las alternativas articuladas desde la ALBA están enraizadas en el respeto mutuo y la solidaridad; éstas atañen diversos rubros: desde los alimentos, el comercio, la energía y la política social hasta la educación, la salud y la cultura, entre otros más. Algunos ejemplos

Defiende y promueve políticas públicas que coadyuven en el afianzamiento de la soberanía de los pueblos de Latinoamérica, al mismo tiempo que pugna por la instauración de un nuevo modelo económico de carácter anti-neoliberal

de estas iniciativas son: PetroCaribe, ALBA-alimentos, Banco del ALBA (BALBA), el Sistema Unitario de Compensación Regional-SUCRE o los programas Grannacionales de educación, salud y cultura.

Esta propuesta de integración, no obstante, se diferencia en su concepción no sólo del ALCA sino también de muchos otros procesos de integración latinoamericanos en los cuales la dimensión comercial se investía como el eje predilecto a partir del cual se estructuraban las herramientas y mecanismos desarrollados por estos proyectos de integración. El ALBA, en cambio, desde su inicio planteó el *Tratado de Comercio por los Pueblos*, el cual está basado en los principios de complementariedad, solidaridad y cooperación, y que tiene el propósito fundamental de hermanar las capacidades y fortalezas de los países miembros en pos de la producción de “transformaciones estructurales y el sistema de relaciones necesarias para alcanzar el desarrollo integral requerido para la continuidad de nuestra existencia como naciones soberanas y justas” (ALBA-TCP, 2017).

La meta que persigue el socialismo es el pleno desarrollo humano, no el desarrollo por el desarrollo, la economía por la economía o la política por la política

El ALBA, en cambio, desde su inicio planteó el Tratado de Comercio por los Pueblos, el cual está basado en los principios de complementariedad, solidaridad y cooperación

El proceso de construcción de la propuesta latinoamericana de integración y cooperación regional denominado Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América–Tratado de Comercio de los Pueblos —popularmente más conocido por sus siglas ALBA—, tiene sus orígenes en el proyecto político del Socialismo del siglo XXI, en 1999, del difunto ex presidente de Venezuela Hugo Chávez Frías. La expresión socialismo del siglo XXI es un proceso nacionalista y democrático-popular venezolano encabezado por Hugo Chávez que hace alusión a “la combinación del socialismo con la democracia participativa y directa. Es una tendencia que busca dar respuestas al grave problema de subdesarrollo en que vive sumida América Latina debido a los estragos del capitalismo. El socialismo del siglo XXI es una manifestación actual del socialismo [...] El socialismo del siglo XXI presupone un trasfondo democrático: es necesario construir en la región y en cada uno de sus países una democracia participativa o directa que deje atrás a la tradicional democracia representativa. El punto de partida debe ser la dignidad inviolable de todo ser humano, lo cual exige: considerar al hombre como un ser eminentemente social, apuntarle al pleno desarrollo humano, instituir una democracia participativa, crear un nuevo modelo económico, y alcanzar un alto grado de descentralización [...] La meta que persigue el socialismo es el pleno desarrollo humano, no el desarrollo por el desarrollo, la economía por la economía o la política por la

política; todas estas realidades cobran sentido cuando se las mira a la luz de la persona humana y su circunstancia histórico-social concreta” (Hamburger, 2014, p. 151). Fue en 1999 cuando Chávez presentó por vez primera el principal antecedente de lo que posteriormente sería el ALBA bajo el nombre de Confederación de Estados de América Latina (Ullán de la Rosa, 2012, p. 132). Esta primeriza propuesta, no obstante, no encontró la resonancia internacional esperada. Tendrían que pasar dos años más para que, en el marco de la III Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la Asociación de Estados del Caribe, celebrada en la Isla de Margarita en diciembre de 2001, la propuesta del presidente venezolano fuera tomada con seriedad. En dicho foro, se mencionó por vez primera la Alternativa Bolivariana como parte de la crítica al proyecto estadounidense del ALCA, frente a la cual Hugo Chávez (2001) planteó:

En Venezuela estamos convencidos de que ése no es el camino. El ALCA es una invitación, pero creo que los latinoamericanos y caribeños debemos discutir por ejemplo cómo quedan las pequeñas economías, por qué no es posible comparar a los Estados Unidos con Haití. Proponemos a los caribeños y latinoamericanos que vayamos pensando de una vez en otra vía. Creo que podemos empezar a discutir un ALBA o Alternativa Bolivariana para las Américas. Hugo Chávez [2001] (citado en Fermín, 2009, p. 346).

La enunciación más explícita de la Alianza sucedió en diciembre de 2004, en el momento en que los gobiernos de Cuba y Venezuela suscribieron un *Acuerdo para la aplicación de la Alternativa Bolivariana para las Américas*, así como una *Declaración Conjunta*.

La Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), propuesta por el Presidente Hugo Chávez Frías [...], traza los principios rectores de la verdadera integración latinoamericana y caribeña, basada en la justicia, y nos comprometemos a luchar conjuntamente para hacerla realidad

En lo que respecta a la *Declaración Conjunta*, se puede decir que en ella están suscritos los principios sobre los cuales esta propuesta de integración se basa. En dicha *Declaración* se subraya que “históricamente el proceso de integración de la América Latina y El Caribe, y constatamos que éste, lejos de responder a los objetivos de desarrollo independiente y complementariedad económica regional, ha servido como un mecanismo para profundizar la dependencia y la dominación externa”; por tanto, declaran que “sólo una integración basada en la cooperación, la solidaridad y la voluntad común de avanzar todos del consumo hacia niveles más altos de desarrollo, puede satisfacer las necesidades y anhelos de los países latinoamericanos y caribeños y, a la par, preservar su independencia, soberanía e identidad”. En consecuencia, coinciden en que “la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), propuesta por el Presidente Hugo Chávez Frías [...], traza los principios rectores de la verdadera integración latinoamericana y caribeña, basada en la justicia, y nos comprometemos a luchar conjuntamente para hacerla realidad”. Así mismo afirman que “el principio cardinal que debe guiar el ALBA es la solidaridad más amplia entre los pueblos de la América Latina y el Caribe”; en tal sentido, coinciden en que la existencia del ALBA no será posible bajo criterios mercantilistas ni intereses egoístas de ganancia empresarial o beneficio nacional que funcionen en perjuicio de

otros pueblos. “Sólo una amplia visión latinoamericanista, que reconozca la imposibilidad de que nuestros países se desarrollen y sean verdaderamente independientes de forma aislada, será capaz de lograr lo que Bolívar llamó ‘ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria’”.

Para lograr esto, se plantea la conformación de proyectos Grannacionales a través de los cuales se alcancen los objetivos de unidad e integración en el marco de los principios de solidaridad, reciprocidad y transferencia.

Las principales iniciativas que se ha llevado a cabo en el marco del ALB-TCP son muy diversas y se han realizado en diversos terrenos como la salud, la educación, la integración productiva y la regulación financiera. Siguiendo lo propuesto por Gil y Paikin (2013), podemos indicar que entre las principales acciones desarrolladas por la Alianza Bolivariana se encuentra:

-Programa de Alfabetización y Postalfabetización: éste ha permitido la erradicación del analfabetismo en 4 países del ALBA-TCP, siendo declarados “Territorios Libres de Analfabetismo” por la UNESCO, Cuba, Venezuela (2005), Bolivia (2008) y Nicaragua (2009, es decir que 96% o más de su población adulta sabe leer y escribir. Basado en el Método Educativo “Yo Sí Puedo” desarrollado por Cuba más de 3.500.000 de personas hoy pueden leer y escribir. El programa también garantiza la prosecución de los estudios y la inclusión de los ciudadanos al sistema formal educativo.

-Misión Barrio Adentro y Operación Milagro: vinculadas a las urgentes problemáticas de la salud comunitaria y con el desarrollo de nuevas técnicas de tratamiento de enfermedades, ambas iniciativas han logrado un abundante y fructífero intercambio y transferencia conocimientos, técnicas y procedimientos en el área de la medicina. En Venezuela, por ejemplo, desde el año 2003 Barrio Adentro ha sido responsable de al menos 704 millones 958 mil 813 consultas médicas gratuitas que se han realizado en los sectores populares.

-Implementación del SUCRE (Sistema Único de Compensación Regional de Pagos): es un mecanismo que sirve para la canalización de pagos internacionales resultado de las operaciones de comercio recíproco entre sus países miembros. Este sistema se basa en la utilización de una moneda virtual SUCRE, para el registro de las operaciones exclusivamente entre los bancos centrales, en tanto que la liquidación local (pagos a exportadores y cobros a importadores) se efectúa con las respectivas monedas locales de los países miembros. Dicho mecanismo tiene la intención de evitar el uso de divisas en las transacciones internas.

La implementación del SUCRE, como moneda de intercambio, ha permitido compensar las transacciones de comercio exterior utilizando dólares solamente para saldar las diferencias anualizadas. Las operaciones de comercio exterior son realizadas entre los bancos centrales nacionales, que convierten sus monedas al SUCRE como valor de referencia. Al final del ejercicio, sólo los saldos comerciales entre una y otra economía son saldados en divisas, evitando de esta manera la necesidad de contar con ellas para cada operación.

-Banco del ALBA: “Entidad Financiera de Derecho Internacional Público”, cuya sede principal se localizará en Caracas, Venezuela; tiene como objetivo principal el de “coadyuvar al desarrollo económico y social sostenible, reducir la pobreza, fortalecer la integración, reducir las asimetrías, promover un intercambio económico justo, dinámico, armónico y equitativo de los miembros del Acuerdo ALBA”. Para ello, este banco de desarrollo está conformado por fondos propios de los

Estados miembro, los cuales son orientados a la financiación de proyectos económicos destinados a la inclusión social y a la integración regional justa, solidaria y soberana.

4. Comentarios finales

Los importantes procesos de transformación producidos en América Latina y el Caribe, dentro de la fase de bonanza económica y redistribución en la región y el deterioro de la hegemonía estadounidense, entre otros, acaecidos durante las primeras décadas del siglo XXI, terminaron en parte cristalizándose en una reconfiguración política de la región, la cual, dio lugar a nuevas dinámicas multilaterales y a una nueva etapa del regionalismo latinoamericano cuya lógica, fundamentos, plan de acción, están en oposición al viejo esquema de integración neoliberal. En este marco, en el transcurso de la primera década del siglo se gesta en la región una nueva arquitectura de iniciativas multilaterales innovadoras; de entre ellas destaca la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América.

El ALBA-TCP se constituyó como un proyecto que proclamó “la integración como objetivo, la cooperación como mecanismo de realización y la soberanía como condición de existencia”

Fruto de un proceso de detallada revisión crítica del enfoque neoliberal de integración, así como de un contexto político-económico propicio, el ALBA-TCP se constituyó como un proyecto que proclamó “la integración como objetivo, la cooperación como mecanismo de realización y la soberanía como condición de existencia” (García, 2012, p. 226). Su enfoque, así como su línea de trabajo, prioriza en la sociedad, en sus demandas y necesidades históricas. Sus valores y principios la han dotado de una identidad propia dentro de los esquemas de integración establecidos hasta el presente.

Rescatar una propuesta de integración como ésta, su trabajo y su relevancia histórica resulta sumamente importante por el hecho de que el ALBA es un esquema de integración como ningún otro. Ni como los que han operado bajo la hegemonía estadounidense, ni como los mecanismos relanzados en la década de 1990, siguiendo las directrices del regionalismo abierto; y aunque comparte muchos elementos y puntos de contacto con los mecanismos de nueva generación —como ya vimos—, la Alianza Bolivariana es, en sí misma, un eje de integración regional y un modelo económico antisistémico, marcadamente distinto al eje revisionista propio de la UNASUR o la CELAC.

Por otro lado, es importante destacar que los acuerdos estipulados, las decisiones tomadas, así como los resultados arrojados a más 12 años de la creación de esta propuesta de integración, colocan al ALBA-TCP como un mecanismo completamente congruente que podría alcanzar sus metas de integración planteadas. Entre sus elementos más destacables encontramos: el respeto a los principios de soberanía e independencia de cada uno de los Países miembro, así como su autodeterminación; que uno de sus principales objetivos —cuyos resultados han sido sobresalientes— haya sido contrarrestar los niveles de pobreza, desigualdades e inequidad distributiva en los países miembros; la puesta en marcha de un tratamiento diferenciado a los países y zonas más necesitas

(como en el caso de Haití o el del Caribe menor); el involucramiento con los movimientos sociales en sus deliberaciones (como lo atestigua la existencia de un Consejo de movimientos sociales como parte de la estructura básica de la Alianza); la puesta en marcha de diversos mecanismos (BALBA, ECOALBA, PETROALBA, SUCRE, etc.) en búsqueda del desarrollo de un nuevo sistema económico, político y social autónomo que responda realmente a las necesidades de los países miembro.

Como bien señala García (2012), cualquier esquema de integración internacional “no es más que la expresión de su modelo y sistema económico nacional en otra dimensión espacial”; de tal manera que, ni la integración ni la cooperación mutua podrán resolver lo que a nivel nacional no se proponga ni se demande. Por lo tanto, la responsabilidad de la sociedad actual será el emprender este camino.

El ALBA-TCP, lejos de ser un proyecto concluido, sigue siendo un proyecto en constante construcción y consolidación; de ahí que la certeza de su permanencia en un futuro no sea, en realidad, más que una apuesta. Este proceso está a expensas de las condiciones internas de los países miembros (que dicho sea de paso, en la actualidad, con la muerte Fidel Castro y de Hugo Chávez —líderes indiscutibles del proyecto— y la crisis económico-política venezolana, no pinta muy promisorio); del contexto internacional al que se enfrenta y a la disminución o aumento de profundidad que va alcanzando paulatinamente como institución en sí misma. En resumen, el ALBA-TCP seguirá siendo tan fuerte, sólido y enérgico, en la medida en que cada una de las naciones que lo integran lo sean; lo cual quiere decir que dicho proceso dependerá de las fortalezas económicas y de las voluntades políticas de las que se dispongan para reproducir y consolidar esta importantísima, y ya histórica, alianza en favor de la autonomía, el desarrollo, la justicia y la soberanía regional.

Referencias

- Aceves, L. (2016). *Aprender a aprender. Lecciones del giro latinoamericano a la izquierda: los casos de Bolivia y Venezuela*. CDMX, México: ICSYH-BUAP-Ediciones EyC
- Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) (2004). *Declaración conjunta Venezuela-Cuba*. I Cumbre. La Habana, Cuba, 14 de diciembre de 2004. Recuperado de: <http://alba-tcp.org/contenido/declaracion-conjunta-venezuela-cuba-141204>
- Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) (2004). *Acuerdo entre Venezuela y Cuba para la aplicación de la ALBA*. I Cumbre. La Habana, Cuba, 14 de diciembre de 2004. Recuperado de: <http://alba-tcp.org/contenido/acuerdo-para-la-aplicacion-de-la-alba>
- Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) (2017). ¿Qué es el ALBA-TCP? De <http://alba-tcp.org/content/alba-tcp>
- Aponte, M. y Amézquita, G. (Coords.) (2015). *El ALBA-TCP: origen y fruto del nuevo regionalismo latinoamericano y caribeño*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Ayllón, P. y Emmerich, N. (2015). Las relaciones entre CELAC y China: concertación regional y cooperación Sur-Sur. *Perspectivas de Desarrollo: un enfoque multidimensional*. No. 4(3), pp. 1-25.

- Borbón, A. (2009). El ALBA, PetroCaribe y Centroamérica: ¿intereses comunes? *Nueva Sociedad*. No. 129, pp. 127-144.
- Briceño Ruiz, J. (2013). Ejes y modelos en la etapa actual de la integración económica regional en América Latina. *Estudios Internacionales*. Año 45, No. 175, pp. 9-39.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2008). *Panorama Social de América Latina*. Organización de las Naciones Unidas, Santiago de Chile. Disponible en: http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/I1362/1229/I/S0800829_es.pdf
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2014). *Panorama Social de América Latina*. Organización de las Naciones Unidas, Santiago de Chile. Disponible en: http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/I1362/37626/S1420729_es.pdf
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2015). *América Latina y el Caribe y China. Hacia una nueva era de cooperación económica*. Santiago de Chile, Chile: Publicación de las Naciones Unidas. Disponible en: http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/I1362/38196/S1500389_es.pdf
- Chávez, D., Rodríguez, C., Barrett, P. (eds.) (2008). *La nueva izquierda latinoamericana*. Madrid: La Catarata.
- García-Sayán, D. (2009). Crisis económica global: impactos económicos y políticos en América Latina. *Nueva Sociedad*. No. 223, pp. 16-28.
- Domínguez, I. y Celorio, G. (2015). Los cambios en el sistema internacional a partir de 2000. *Foro Internacional*. No. 2(220), Vol. 55, pp. 391-432.
- Fermín, F. (2009). Alternativa bolivariana para los pueblos de nuestra América: ¿la ruptura paradigmática de los modelos de integración? *Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología*. No. 2(8), pp. 339-36.
- García, T. (2012). El ALBA visto desde el Caribe. Entre la realidad y los sueños. En Serbin, A., Martínez, L y Ramanzini, H. (comps.). (2012). *El regionalismo "post-liberal" en América Latina y el Caribe: Nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos*. (pp. 207-233). Buenos Aires: CRIES.
- Gil, L. y Paikin D. (2013). *Mapa de la Integración regional en América Latina*. Buenos Aires: Argentina, Nueva Sociedad
- Gudynas, E. (2005). El 'regionalismo abierto' de la CEPAL: insuficiente y confuso. *Programa de las Américas*. Disponible en: <http://integracionsur.com/americalatina/GudynasRegionalismoAbiertolrc.pdf>
- Hamburger, A. (2014). El socialismo del siglo XXI en América Latina: características, desarrollos y desafíos. *Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*. No. 1(9), pp. 131-154.
- Jiménez, J. P. (ed.). (2015). *Desigualdad, concentración del ingreso y tributación sobre las altas rentas en América Latina*. Santiago de Chile: ONU-CEPAL.
- Krauthammer, C. (1990). The unipolar moment. *Foreign Affairs*. No. 1(70), pp. 23-33. Disponible en <http://users.metu.edu.tr/utuba/Krauthammer.pdf>
- Martínez, A. (2013). *La comunidad del Caribe (CARICOM) en el contexto de un nuevo regionalismo latinoamericano (2001-2012): cambios, desafíos y oportunidades*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Munevar, D. (2013). *Integración regional en tiempos de crisis internacional*. Buenos Aires: CLACSO.

- Serbin, A. (2010). Los desafíos del multilateralismo en América Latina. En L. Martínez, H. Ramazzini y M. Vásquez (comps.). *Anuario de la integración de América Latina y el Gran Caribe No. 8* (pp. 7-39). Buenos Aires, Argentina: CRIES-CEHSEU-CEGRE-UNESR.
- Serbin, A., Martínez, L. y Ramazzini, H. (comps.) (2012). *El regionalismo "post-liberal" en América Latina y el Caribe: Nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos*. Buenos Aires: CRIES.
- Silva, C. y Martins, E. (comps.) (2013). *Nuevos Escenarios para la integración latinoamericana*. Buenos Aires: ARSIS-CLACSO.
- Slipak, M. (2014). América Latina: ¿cooperación Sur-Sur o «Conceso de Beijín»? *Nueva Sociedad*. No. 250, pp. 102-113.
- Ullán de la Rosa, J. (2012). La Alianza Bolivariana para las Américas-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP): análisis de un proyecto de integración regional latinoamericana con una fuerte dimensión altermundista. *Estudios Políticos*. No.25, pp. 131-170.
- Williamson, J. (1999). Lo que Washington quiere decir cuando se refiere a reformas de política económica. En M. Guitans & J. Muns (1999). *La cultura de la estabilidad y el consenso de Washington* (pp. 68-109). Barcelona: La Caixa.